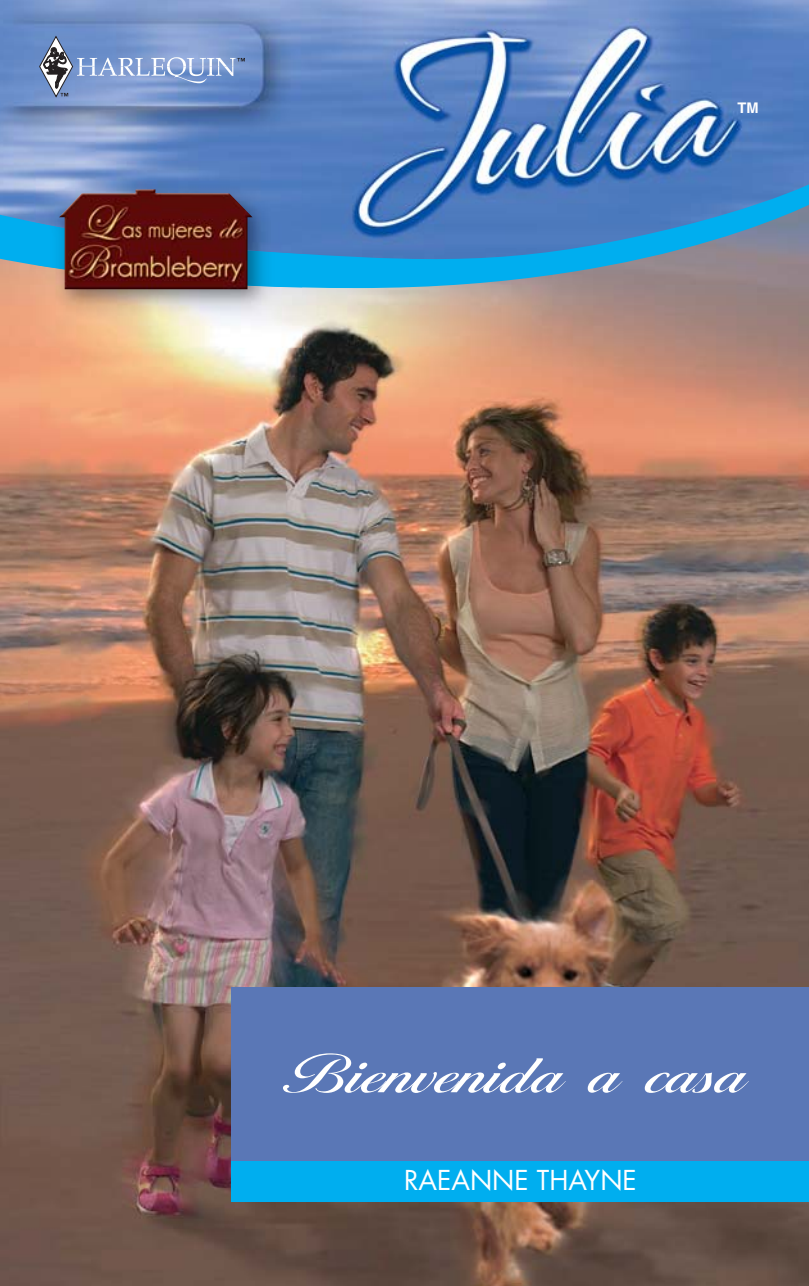
HARLEQUIN™

Julia™

Las mujeres de Brambleberry



Bienvenida a casa

RAEANNE THAYNE



Bienvenida a casa

RAEANNE THAYNE



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 RaeAnne Thayne. Todos los derechos reservados.
BIENVENIDA A CASA, N.º 1840 - 24.2.10
Título original: His Second-Chance Family
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Julia son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8167-8
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

PARA tratarse de una señal del cielo, parecía demasiado mundana.

No sonaba ninguna voz atronadora desde lo alto, ni coros de ángeles, ni nada. Sólo una placa escrita a mano en medio de un jardín que rodeaba la casa de estilo victoriano que tan arraigada tenía dentro de su memoria.

Se alquila, rezaba el letrero.

Julia lo miró ilusionada. Parecía imposible. Casi un milagro. El que aquella casa, de entre todos los sitios del mundo, estuviera disponible para ser alquilada, justo en el momento en que ella estaba buscando un lugar donde instalarse temporalmente, parecía una señal caída del cielo que le impulsaba a seguir adelante con su decisión de aceptar el puesto de pro-

fesora que le habían ofrecido en Cannon Beach e instalarse allí con sus dos mellizos.

Hasta aquel mismo instante, no se había dado cuenta de lo insegura que se sentía al haber tomado aquella decisión, abandonando todo lo que había supuesto su vida anterior para lanzarse a lo desconocido.

Pero, al ver el letrero enfrente de la casa Brambleberry, sintió como si sus plegarias hubieran sido atendidas, como si desde lo alto le estuvieran confirmando que aquel era el lugar donde debía estar.

—¡Vaya casa! —exclamó Maddie, admirando el majestuoso edificio de tres pisos, con sus sofisticadas cúpulas—. ¡Parece una casa de caramelo!

Julia apretó la mano de su hija. Maddie tenía buena cara aquel día. La brisa marina de la costa de Oregón parecía sentarle bien.

—¡Vaya perro! —exclamó su hermano mellizo, Simon.

Lo que había suscitado su curiosidad había sido un enorme perro color canela que había saltado la valla que rodeaba la casa y se estaba dirigiendo hacia ellos como si les hubiera estado esperando durante años.

El perro lamió la cara de Simon y jugueteó con él como si se tratara de un viejo amigo. Julia hizo el ademán de interponerse entre el animal y Maddie. Pero no tenía de qué preocuparse. Como si poseyera un sexto sentido, el perro se detuvo dócilmente y esperó con paciencia a que fuera la pequeña la que se acercara a él. Maddie sonrió, y Julia suspiró de alegría al ver a su hija contenta.

—Creo que le caigo bien —dijo la pequeña.

—Yo también lo creo, tesoro —sonrió Julia pasándole la mano por el pelo a su hija.

—¿De verdad conoces a la mujer que vive aquí? —preguntó Maddie mientras Simon se divertía jugando con el perro.

—La conocí hace mucho, mucho tiempo —respondió su madre—. Era mi mejor amiga.

Su corazón se estremeció al recordar a Abigail Dandridge. Le vinieron a la cabeza cientos de recuerdos, como el de su gigantesca colección de muñecas, o el de las confesiones que se hacían ambas en privado, o el de sus paseos por la playa.

—¿Como Jenna y yo cuando estábamos en casa? —preguntó Maddie.

—Igual —respondió Julia.

Todos los veranos de su infancia, la casa Brambleberry había sido siempre un oasis de serenidad y armonía. Su familia había alquilado una de las casas contiguas todos los meses de julio. Había sido una época de diversión, a pesar de las constantes discusiones de sus padres.

Julia había tenido la costumbre de huir a casa de Abigail para no tener que soportarlas, para no tener que ver las lágrimas en el rostro de su madre ni el malestar de su padre.

La última vez que había estado allí había sido con quince años. Sus padres habían acabado divorciándose, para alivio suyo y de su hermano Charlie, y nunca habían regresado a Cannon Beach. Pero los años no habían logrado borrar de su memoria la

imagen de aquella casa, una imagen que había sido su refugio en todos los momentos difíciles que había tenido que vivir, como la separación de sus padres o su propio divorcio de Kevin, que había sido infinitamente peor.

—¿Todavía es tu mejor amiga? —preguntó Maddie.

—No la he visto en mucho tiempo —respondió ella—. Hasta este momento no he sabido cuánto la he echado de menos.

No debía haber dejado pasar tanto tiempo sin ir a Cannon Beach. Había dejado que su amistad con Abigail se desvaneciera. Había estado demasiado ocupada convirtiéndose en una adolescente rebelde y problemática, atrapada en medio del drama representado por sus padres. Después había pasado por la universidad, por el matrimonio, por la familia, y había sido más difícil todavía.

Tal vez, ahora que estaba de vuelta, tendría tiempo para recuperar el pasado. No podía esperar más.

Abrió la pequeña portezuela y avanzó por el sendero que conducía a la entrada con la sensación de estar a punto de dar un paso trascendental en su vida.

Pulsó el timbre y oyó el eco en el interior de la casa. ¿Sería Abigail quien le abriría la puerta? ¿Seguiría teniendo el mismo rostro que guardaba en su memoria?

Durante unos instantes, nadie respondió. Julia pulsó el timbre por segunda vez, con el mismo re-

sultado. Se preguntó si debía dejar una nota con la dirección de su hotel y el número de su teléfono móvil, pero lo consideró demasiado impersonal después de tantos años.

Estaba regresando de nuevo por el sendero hasta la puerta donde la esperaban sus hijos cuando oyó el ruido de una máquina en la parte posterior de la casa. El perro ladró ostensiblemente y echó a correr hacia esa dirección, deteniéndose en la esquina para mirarles, como si estuviera invitándoles a seguirle.

Tras unos momentos de indecisión, Julia decidió hacerlo, acompañada de sus dos hijos.

Cuando llegaron a la parte trasera de la casa, encontraron a un hombre de pelo castaño y hombros anchos delante de una mesa de carpintería manejando una sierra.

Julia permaneció en silencio, esperando que el hombre percibiera su presencia.

—Hola —dijo ella en voz alta finalmente, ya que el desconocido no parecía haberse dado cuenta de nada.

Pero tampoco reaccionó, de modo que avanzó hacia él para que pudiera verla.

—¡Disculpe!

El desconocido apagó la sierra mecánica y se quitó los guantes que llevaba puestos.

—¿Sí?

Julia le observó atentamente. Le resultaba familiar. Algo en su interior le decía que aquel hombre no era un completo desconocido. Se sumergió tanto

en sus recuerdos, intentando rebuscar en ellos, que apenas se dio cuenta de la pregunta.

—Siento molestarle. He llamado al timbre. Supongo que no me ha oído.

—No, supongo que no.

Estaba tenso, como si estuviera deseando volver al trabajo, y Julia se sintió incómoda. Había esperado ver a Abigail, no a un trabajador con unos ojos tan penetrantes y tan atractivo.

—Yo... Estoy buscando a Abigail Dandridge.

El hombre la miró en silencio, y Julia creyó advertir un extraño destello en sus ojos.

—¿Es usted amiga suya? —preguntó él en un tono más amable.

—Lo fui hace mucho tiempo. ¿Puede decirme cuándo volverá? Esperaré si hace falta.

El perro volvió a ladrar, pero más mansamente, sin la alegría que había mostrado minutos antes al recibirles en la entrada. El desconocido miró al animal, como si le sorprendiera su extraño comportamiento.

—Abigail murió en abril —dijo él con el rostro en tensión—. Tuvo un ataque al corazón mientras dormía. Siento tener que ser yo quien se lo diga.

Julia no pudo evitar echarse a llorar. Maddie se acercó a ella y la tomó de la mano.

—Entiendo... —consiguió murmurar.

Otra pérdida más en la serie de catástrofes que la estaban asaltando. Pero no era una pérdida cualquiera. Su corazón estaba profundamente triste.

Si lo pensaba detenidamente, tampoco había ra-

zón para estar tan afectada. Abigail no había estado presente en su vida en los últimos dieciséis años.

Sin embargo, su muerte le había afectado de una forma devastadora.

Julia intentó sobreponerse de la mejor manera posible. Su amiga ya no estaba, pero su casa seguía allí, firme y sólida, erigiéndose en un refugio contra las tormentas y las adversidades.

—Entiendo... —repitió, sintiendo de nuevo la sensación de que conocía a aquel hombre de ojos azules.

Le conocía de algo. Estaba segura.

—En ese caso, supongo que tengo que hablar con usted. El cartel de la entrada dice que se alquila. ¿Cuántas habitaciones hay?

El desconocido le echó un último vistazo, se dio la vuelta, se puso los guantes otra vez y tomó un tablón de madera.

—Tres habitaciones, dos de ellas pequeñas. La cocina ha sido reformada en estos últimos meses, y el sistema eléctrico reinstalado. El baño, sin embargo, todavía no está muy presentable.

—Mientras funcione bien, no me importa —dijo ella—. Tres habitaciones serían perfectas para mí y para mis dos hijos. ¿Todavía están disponibles?

—No sabría decirle.

—¿Por qué no?

—No soy el propietario. Vivo unas cuantas casas más allá, junto a la playa. Sólo estoy echándoles una mano a los propietarios con las reformas.

Algo en sus palabras, o en la forma de expresarlas, hizo que Julia le mirara con atención. De repente, todas las piezas encajaron.

—¿Will? ¿Will Garrett?

—¿La conozco?

—Probablemente no... —dijo ella sonriendo—. Ha pasado tanto tiempo...

Julia extendió la mano sintiendo que el pulso se le aceleraba, como siempre le había pasado estando cerca de él.

—Julia Blair. Me conociste como Julia Hudson. Mis padres alquilaban una casita cerca de aquí todos los veranos hasta que cumplí quince. Solía ir contigo y con mi hermano Charlie a todas partes.

Will Garrett. Había olvidado muchas cosas sobre aquel lugar de su infancia en el tiempo que había transcurrido desde entonces, pero no a él. Se había preguntado muchas veces si volvería a verle, se había preguntado qué habría sido de su vida. Nunca había espero encontrárselo el primer día de su llegada a Cannon Beach.

—Ha pasado tanto tiempo —repitió Julia—. No puedo creer que todavía sigas aquí.

Will tardó unos segundos en reconocerla. Cuando por fin lo hizo, se preguntó cómo no había sido capaz de darse cuenta antes. Había echado de menos a Julia Hudson durante el verano de sus dieciséis años como sólo un adolescente puede hacerlo.

Había soñado con sus ojos verdes, con sus hoyuelos y sus incipientes curvas.

Verdaderamente, había sido su primer amor, y había ocupado siempre sus pensamientos.

Había prometido seguir en contacto, pero no había respondido a ninguna de las cartas que le había enviado. Su joven corazón se había sentido destrozado. Cuando un mes después había empezado de nuevo el colegio, se había mantenido ocupado con los estudios, con su equipo de fútbol y ayudando a su padre en sus trabajos de carpintería. Así había evitado no caer completamente en la tristeza.

Julia estaba igual que entonces, la misma sonrisa, el mismo cabello castaño rojizo, los mismos hoyuelos. Él, en cambio, sentía como si hubieran pasado por encima suyo miles de años.

Ya apenas podía recordar los maravillosos e inocentes años en los que había creído ser el rey del mundo, un tiempo en el que había creído que podría conseguirlo todo con tal de esforzarse.

Will le estrechó la mano. Prefirió no quitarse los guantes para no tocarla.

—No puedo creer que estés aquí —repitió ella sin dejar de sonreír—. Es maravilloso que hayas estado aquí todos estos años. Recuerdo cuánto te gustaba estar aquí.

Pero a él no le resultaba tan maravilloso. Se sentía como un hombre de hielo, petrificado en el mismo lugar durante siglos. Se había planteado en innumerables ocasiones tomar sus pertenencias y marcharse a cualquier otro lugar, lo más lejos posible.

Con su experiencia en carpintería, estaba seguro de poder encontrar trabajo en cualquier parte. Lo pensaba muchas veces, sobre todo cuando llegaba la noche y la oscuridad iluminaba la soledad que le rodeaba.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó Julia—. ¿Qué hay de tu familia? ¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

No, no era un hombre de hielo. Los hombres de hielo no eran capaces de sentir tristeza.

Will, que estaba trabajando en el marco de una de las ventanas, tomó un listón de madera.

—Tendrás que hablar con Sage Benedetto o con Anna Gálvez —dijo secamente—. Ellas son ahora las propietarias. Creo que regresan esta noche.

No tuvo que tomar la sierra para que Julia entendiera la indirecta. No estaba interesado en rememorar el pasado. Sabía que era muy grosero por su parte.

Tras unos breves instantes, ella le sonrió fría, pero educadamente.

—Así lo haré, muchas gracias. Me alegrado mucho de haberte visto, Will.

Will asintió con la cabeza. No tuvo que volverse para imaginársela dando de nuevo la vuelta al edificio con sus hijos, acompañada por el perro de Abigail.

Abandonó cualquier pretensión de seguir trabajando cuando les vio caminar por la calle en dirección a la playa. Todavía caminaba de la misma manera, con la barbilla bien alta como si fuera la reina de la ciudad.

Detrás iban sus hijos, el chico, lleno de curiosidad por todo, y la chica, con unos ojos azules luminosos. Will recordó esos ojos y se llevó la mano al pecho, aunque, después de dos años, sabía que no serviría de nada.

La bebida podría aliviarle durante unas horas, pero nada más. Cuando los efectos del alcohol desaparecían, el mundo volvía a adquirir su aspecto de siempre.

Estaban alejándose todavía por la calle cuando el perro regresó a donde estaba. El perro ladró como si estuviera protestando.

Abigail le habría mirado de la misma manera que el animal por haber tratado a Julia de aquella manera.

—Sí, lo sé, he sido un estúpido —dijo Will—. Me ha pillado con la guardia baja. No estaba preparado para encontrarme con un fantasma del pasado.

El perro ladró de nuevo, y Will se preguntó, como solía hacer desde hacía tiempo, que estaría pasando por la cabeza del animal. Conan, que así se llamaba, miraba a la gente como si supiera perfectamente qué estaban pensando.

Abigail había estado enamorada de aquel perro. Ésa razón habría sido suficiente para él para tolerar al animal, ya que, durante muchos años, su vecina había sido la única persona del mundo con la que le había gustado estar. Sin embargo, en aquellos dos últimos años, el animal parecía haber desarrollado la extraordinaria habilidad de detectar cuándo estaba en un momento bajo.

En más de una ocasión, había caminado hasta la playa con la intención de adentrarse en la marea hasta desaparecer por completo dentro del agua salada. Invariablemente, ya hubiera sido de día o de noche, el animal había estado allí, a su lado, entrelazándose con sus piernas, hasta que la depresión había desaparecido. Después, siempre le había seguido hasta la casa de Abigail.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó Will al perro—. ¿Que vaya detrás de ella?

Conan ladró y Will negó con la cabeza.

—Ni lo sueñes.

Pero debía hacerlo, aunque sólo fuera para disculparse. Se había comportado de una forma imperdonable. Y lo peor de todo era que no sabía por qué. No solía reaccionar de aquella manera. Aunque, durante aquellos dos últimos años, se había sentido roto por dentro, había descubierto que ser grosero con los demás no le ayudaba en nada, no disminuía su dolor.

Ciertamente, en algunas ocasiones, se había pasado de la raya, y sus amigos, sobre todo Sage y Anna, le habían recriminado sus constantes esfuerzos por evitar la ayuda que le ofrecían.

No tenía excusa. La había visto allí, radiante y llena de energía, con sus dos maravillosos hijos, y algo se había revelado dentro de él.

Habían sido los hijos, ahora se daba cuenta. La chica le había recordado a Cara, aunque Cara había sido más rellenita, y la hija de Julia parecía ser capaz de salir volando si se levantaba un viento demasiado fuerte.

Pero no habían sido sólo ellos. Al ver a Julia delante de él, iluminada por los rayos del sol, había vuelto a sentir el deseo de estar enterrado bajo tierra para siempre.

No tenía elección. Debía disculparse, sobre todo si Anna y Sage decidían alquilarle la casa. Él vivía a muy poca distancia de allí, y pasaba mucho tiempo en la casa Brambleberry, ayudando a sus amigas con las reformas.

Prefería que Julia y sus hijos no se quedaran allí. Puestos a elegir, prefería que el recuerdo de Julia siguiera enterrado en su memoria para siempre.

Pero no era posible. Había regresado a Cannon Beach con sus hijos y estaba buscando un sitio donde vivir. Era evidente que pretendía instalarse allí. Iba a cruzarse con ella constantemente, de modo que debía disculparse cuanto antes.

Vio las siluetas de Julia y sus hijos desapareciendo en la distancia y se preguntó si sería capaz de convencer a sus amigas para que le alquilaran la casa a otra persona.

Capítulo 2

PODREMOS entrar esta vez en la casa, mamá? Julia apartó los ojos de la carretera por un instante y miró por el espejo retrovisor a su hija. La excitación de Maddie le hizo sonreír.

—Espero que sí, tesoro —respondió volviendo a concentrarse en la carretera mientras pasaban por un lujoso hotel.

Algún día, cuando su economía se lo permitiera, se instalaría en Sea Urchin, una de las zonas más exclusivas de la costa.

—He hablado con una de las propietarias de la casa hace una hora —continuó Julia—. Nos ha invitado a entrar para ver si nos interesa.

—Espero que sí —dijo Simon—. Me gusta mucho ese perro.

—No sé si el perro vive allí —dijo ella—. Puede que sea del hombre que vimos esta mañana. Él no vive allí, sólo estaba haciendo unos trabajos.

—Me alegro de que no viva allí —dijo Maddie—. Parecía un poco enfadado.

Julia estaba de acuerdo con su hija, pero no dijo nada. Will había sido grosero, y no lograba averiguar por qué. ¿Le había hecho algo? No le había visto en dieciséis años, era ridículo pensar que siguiera enfadado porque ella no le hubiera escrito, tal y como le había prometido antes de irse.

Habían sido muy amigos. Incluso, un verano, durante unas semanas, habían sido algo más que amigos. Recordaba pasearse de la mano con él junto a las hogueras, viendo películas y besándose a escondidas en la playa.

Había esperado que aquellos recuerdos ayudaran a tener una relación cordial entre ambos, pero se había equivocado. El Will Garrett que recordaba era muy diferente del hombre huraño que había visto aquella mañana. ¿Trataba a todo el mundo de la misma manera, o sólo a ella?

—Sólo estaba ocupado —les dijo a sus hijos—. Le interrumpimos, y creo que quería seguir trabajando. A veces, los adultos somos un poco impacientes.

—Sí, a papá le pasaba lo mismo a veces —dijo Simon.

El que su hijo mencionara a Kevin la tomó por sorpresa. Sus hijos no solían hablar mucho de su padre. Había muerto dos años atrás, aunque había